

*luz,/ la gente se fue,/ la noche cayó,/ ¿Y ahora, José?/ José, ¿y ahora qué?/ Tú que eres sin nombre,/ que de todos te burlas,/ que escribes tus versos,/ que amas, protestas/ ¿Y ahora, José?*

Inundado de poesía, más allá de toda lógica y de todo amparo teológico, el hombre constata que es un milagro —el milagro de ser la encarnación de una incógnita que insiste y subsiste, arrancando a la vida personal de la unilateralidad de la desesperación, para hacer del hombre aquel ser que Camus equiparó a Sísifo en tanto se rebela y dice no. No es, por lo tanto, la esperanza, la ilusión redencional, lo que fundamentalmente sostiene al hombre de la tenaz rebeldía contra el absurdo, sino el mandato ontológico que estructura su ser. La esperanza es la persistencia del deseo manifestada en una voluntad de cambio, de transfiguración, tome ésta la forma que tomare. El mandato ontológico, a su turno, es el deseo en su condición de ciego persistir —desencarnado, inencarnable en una forma capaz de contenerlo para siempre y que, permanentemente, se pone de manifiesto en incesante búsqueda de gratificación. La poesía es la voz conmovida de ese ser sin fundamento en la esperanza y sin arraigo definitivo en la desesperación.

### ***La rosa del pueblo***

Compuesto en dos años —entre 1943 y 1945— *La rosa del pueblo* es, por cierto, uno de los libros más difundidos de Carlos Drummond de Andrade. Se lo ha analizado y exaltado, sobre todo, en relación a sus contenidos sociales, subrayándose con razón su hondo espíritu confraternal. En relación con el tema de este estudio, el aporte que nos hace *La rosa del pueblo* no es menos relevante. En él se nos sigue hablando de la poesía como epifanía, como indondicionado fruto de las vertientes más secretas y profundas de la personalidad pero, además, se la caracteriza, por primera vez, como tarea y, al poeta, consecuentemente, como trabajador. Y ello no puede dejar de resultar significativo si se admite, como aquí se lo ha hecho, la preeminencia, en Drummond de Andrade, de la interpretación del poema como súbita manifestación de un núcleo empático que anida invicto en el alma, con independencia de las tristes convicciones sobre el mundo y el tiempo en que al poeta le toca vivir. Por lo tanto, señalaba yo, la poesía, para Drummond de Andrade, no es ante todo hija del deseo consciente, del empeño de construcción. Así se lo vuelve a afirmar en este libro, inicialmente a través del texto titulado «Consideración del poema». Aún más fundamental, sin embargo, es la pieza «Búsqueda de la poesía». En ella se insiste, ante todo, en que la poesía no es fruto del empeño. Tampoco, se añade, es el producto del traslado mecánico de los sucesos de la vida personal al papel; ni una mera transferencia a la página del pensamiento, del sentimiento, de la observación; ni despliegue de las dotes elocutivas del autor, o de su capacidad memorativa, ni del cuestionamiento que de su trayectoria como ser humano pueda realizar. La poesía, es esencialmente, un acto de acatamiento a imperativos incontrolables; un gesto de subordinación extrema a un mandato sorprendente y luminosamente redencional. El poema, afirma Drummond de Andrade, viene hacia el poeta cuando éste sabe ir hacia él, penetrar sordamente en el reino de las palabras, imprimiéndoles el acento de su necesidad expresiva. O sea que esta con-

cepción del poema cuestiona la idea de la palabra creadora como obra de la premeditación, como resultante de un propósito primordialmente intencional. El acto de comunión poética entre el hombre y las palabras (las que, en primera instancia, aguardan en *estado de diccionario*) tiene lugar a raíz de un misterioso acoplamiento —no reductible a exégesis— entre las posibilidades semánticas y rítmicas que potencialmente ofrecen los vocablos y la necesidad de valerse de ellos que acosa al escritor. Se trata, como se advierte, de una instancia imponderable: ocurre y, bajo su impulso, irrumpe un *dicente* que no es, necesariamente, el sujeto de la experiencia biográfica. Lo notable consiste en este aparecer, en esta epifanía transformadora; despliegue de una facultad proveedora de sentido insospechada e involuntaria, cuyo festejo máximo se cumple en el poema titulado «La flor y la náusea». La flor descolorida que surge, inesperada, en mitad de la acera, en la gran ciudad, hace su irrupción contra todo convencionalismo. Y, al brotar, perfora el odio, el tedio, la indiferencia, como perforó el asfalto. *Es fea pero es una flor*, vale decir: es lo extraordinario en un mundo sin redención. Este hecho sin parangón, vivificante por su trascendencia simbólica, toma en otra pieza —titulada «Llevo conmigo»— la forma de un paquete del cual el poeta en ningún momento se puede desprender. Al igual que la mítica caja de Pandora, se trata de algo inseparable de su persona. Ahora bien: ¿qué es ese paquete? ¿Que contiene? Lo que de excepcional lleva el poeta consigo a todas partes es lo incalificable de sí, la poesía, ese bagaje redencional que inunda su vida y la reanima.

¿Qué tiene de característico ese paquete? No, por cierto, su contenido, aunque éste sea, para nosotros lectores, un auténtico enigma. Su singularidad consiste en que ese enigma sea indisociable del hombre que carga con él. Conforman a ese hombre en considerable medida, aunque, claro está, no lo totaliza. Ciertamente, *el paquete pesa* y, por lo tanto, la convivencia con él no es sencilla. Pero, por otro lado, su presencia es lo que revitaliza la identidad de Carlos Drummond de Andrade al impedir que su imagen se agote en el horizonte de la monotonía. En última instancia, este alegórico «pequeño paquete» es un sentimiento que une y desune permanentemente a su «portador-portado» con el resto del mundo.

Por cierto, en un libro como *La rosa del pueblo* no faltan composiciones en las cuales el escritor nos presenta la poesía, tal como se dijo al inicio de las consideraciones sobre esta quinta obra, como una tarea política, o sea como manifestación de un temperamento comprometido con la causa de los derechos del hombre. En tal sentido, en *La rosa del pueblo* se respira una intensa vocación pacifista, claramente enfrentada al fascismo pero también al mundo capitalista por cuya destrucción aboga y en la que el poeta sostiene poder colaborar, incluso mediante su arte. En este último caso —el de la denuncia del capitalismo—, Drummond de Andrade no logra infundir a sus composiciones el aliento épico que alcanza, por momentos, en sus poemas anti-fascistas. Cae, por desgracia, en un planteo poco convincente, tanto por su obviedad como por la dificultad con que tropieza para desembarazarse de las seducciones del realismo socialista y lograr una transfiguración cabalmente poética de su tema. Se trata, de todos modos, de un empeño ocasional del que a manera de ejemplo basta citar el olvidable fragmento que se transcribe a continuación: *El poeta/ declina toda responsabilidad/ en la marcha del mundo capitalista/ y con sus palabras, intuiciones, símbolos y otras armas/ promete ayudar/ a destruirlo/ como a una cantera, una floresta/ un gusano.*

Como se ve, Drummond de Andrade determina aquí, y en textos similares, que la poesía *ha de ser* denuncia de la injusticia, retrato implacable del drama de un mundo socialmente injusto; obra, en síntesis, del sujeto moral y aún del combatiente. Es constante, en estos trabajos, la invocación de la fraternidad. Tanto en esta pieza como en otras que le siguen —«Paso de la noche» y «Una hora y luego otra», entre ellas— manifiesta la esperanza de que, al cabo de la segunda guerra mundial, los hombres sean capaces de fundar una sólida alianza convivencial que ponga fin, de una vez por todas, al reino hegemónico de la muerte.

La trayectoria cumplida por este análisis permite reconocer que, en este punto, se ha producido un significativo desplazamiento: es el que va de la vivencia de la poesía como redención consumada a la concepción de la poesía como medio para manifestar la necesidad de que esa redención sobrevenga. Tomando en consideración este desplazamiento puede afirmarse que escribir, ahora, equivale a actuar en consonancia con el ideal transformador de la sociedad. Se ha pasado del goce subjetivo emanado del protagonismo en la creación al ideal del goce colectivo emanado de una soñada comunidad revolucionaria. Pero ¿es así realmente? ¿Sobrevive la poesía, como modalidad elocutiva, allí donde Drummond de Andrade rebasa la vivencia absurda de lo real en favor de un intenso idealismo, de su apuesta en favor del futuro histórico?

En particular, el poema «Una hora y luego otra» es interesante en este sentido porque si bien en él nos habla Drummond de Andrade de un instante en el cual el hombre se siente absurdo, como por lo demás es habitual en su poesía, ese instante cede, de pronto, su lugar a otro: no ya, según nos tiene acostumbrados, al de la atmósfera lírica en el que la ternura puede más que la desesperación y encuentra el tono apropiado para manifestarse, sino el de la esperanzada solidaridad, el de la fe en el porvenir social del hombre. Ya no estamos, por lo tanto, en el orden de la transfiguración instantánea de la vivencia personal por obra del arrebatamiento poético; estamos, más bien, en el orden de las convicciones, en el plano de las expectativas y necesidades, en el horizonte de los reclamos de la conciencia y las demandas objetivadas de un mundo mejor. Hay, como siempre en Drummond de Andrade, una fatal conversión del desconsuelo en consuelo, de la agonía en fortaleza: *Pues la hora más bella surge de la hora más triste*. En este sentido, el pasaje desde la *hora absurda*, como diría Fernando Pessoa, a la hora lírica, no difiere del pasaje desde la desesperación suscitada por la guerra, a la fe en el advenimiento de una sociedad más humana. La diferencia está, ante todo, en el valor de la poesía en un caso y en otro y, además, en el papel del tiempo. Con respecto al primer punto —el del valor de la poesía— se diría que, en la transición de la hora absurda a la hora lírica, la poesía constituye la meta del desplazamiento. En cambio, en el pasaje de la desesperación ante la historia a la fe en su devenir, la poesía se convierte en mediación, y deja de ser un fin en sí misma.

Con respecto al segundo punto, el papel del tiempo, cabe advertir que, en el primer caso, la poesía es un acontecimiento de inmediata concreción; asimismo, la subsecuente transformación de la relación con el mundo que ella impone posee también una poderosa inmediatez. No así en el segundo caso: la actualidad, entendida como instancia temporal del cambio imprescindible, es desplazada por el futuro. Y es por ello,